

PRESENTACIÓN

Como sin duda alguna cualquier lector cuidadoso podrá fácilmente constatarlo, es este libro de Jean Jacques Benoist-Méchin, escrito hace ya alrededor de medio siglo, un libro en el que se funden de modo poco común la erudición histórica, la belleza literaria y la visión política. Es justamente por brotar de esa afortunada síntesis que este libro sobre Cleopatra y su mundo es, además de apasionante, de una sorprendente vigencia. Se trata, obviamente, de una biografía inusual, puesto que más que un mero recuento de datos, una secuencia ordenada de fechas y eventos, es una reconstrucción fiel del pasado sólo que filtrada por el tamiz del lenguaje semi-poético y de la imaginación política. Ahora bien, un trabajo de esta naturaleza cumple con su cometido no sólo cuando logra generar en el lector momentos de emoción derivados de descripciones vívidas de situaciones únicas y de acontecimientos decisivos. Sucesos así, por importantes que sean, a final de cuentas son, tomando prestada una expresión de Nietzsche, “humanos, demasiado humanos”. Más bien, una biografía política es exitosa cuando logra despertar la conciencia histórica del lector y cuando lo hace vibrar de emoción ante la belleza o el fracaso de determinado programa o ideal político grandioso. Aquí no son ya los individuos los que cuentan, sino la humanidad en su conjunto. Así entendido el objetivo primordial de un trabajo de historiografía política, sería absurdo negar que el de Benoist-Méchin lo alcanza y con creces. Es este un libro excepcional que no sólo instruye y deleita, sino que hace pensar. Aquí surge nuestra primer interrogante: ¿en qué nos hace pensar Benoist-Méchin? Unas palabras aclaratorias al respecto son imprescindibles.

Este libro sobre Cleopatra no es sólo sobre Cleopatra, su mundo y su programa político, sino que abarca mucho más. En realidad, es el segundo de un grupo de siete trabajos biográficos. Al proyecto original lo llamó su autor, sobre quien diremos más abajo unas cuantas palabras, ‘El Sueño más largo de la Historia’. El título general es ciertamente intrigante, pero ¿a qué se refiere? ¿De qué “sueño” nos invita Benoist-Méchin a ser partícipes?

Contemplando con frialdad la historia de nuestra especie, resulta prácticamente imposible determinar, y ello no por falta de datos, si ciertos rasgos de carácter o si determinadas líneas de conducta han quedado asociados con el Hombre por casualidad o por necesidad. Considérese, por ejemplo, la guerra. Cualquier historiador serio nos dirá que probablemente no haya habido un año en la historia de la humanidad en que no haya habido alguna guerra. Pero entonces ¿es la guerra un factor contingente en la vida humana o más bien es sólo a la mirada superficial que

podría así presentarse? Demos un ejemplo: ¿acaso no se ha sostenido que la historia es la expresión inevitable de la lucha de clases? Y si, por las razones que sean, buenas o malas, se rechaza la concepción marxista de la historia, de todos modos se puede volver a preguntar: ¿no es la historia de la humanidad la manifestación del odio entre razas? Y si encontramos que la noción de raza es obsoleta y teóricamente inservible ¿no podría entonces decirse que la historia es la expresión de la lucha entre los países o entre las religiones o, un poco más a la moda, entre las civilizaciones? Independientemente del prisma histórico-ideológico con el que se nos invite a ver y a entender la historia, de todos modos lo que veremos serán conflictos, matanzas, bombardeos, invasiones, tortura, injusticia, destrucción, muerte. En verdad, desde esta perspectiva la gran mayoría de los políticos de renombre no son otra cosa que efectivos instrumentos del eterno humano. Nuestra conclusión es estremecedora: no hay humanidad sin violencia, sin masacres, sin mal. Dan testimonio de ello no sólo los millones de niños, mujeres, hombres y ancianos inútilmente sacrificados en el fuego de Moloch: también los animales y hasta los ríos y los bosques nos denuncian día a día. Esta parece ser la conclusión lógica de la extravagante convicción de que, literalmente, Dios nos dio el mundo, con todo lo que contiene, para que hiciéramos con él lo que quisiéramos. Así lo entendieron Timur y Carlomagno, Cortés y Churchill. Las pretensiones de dominio y de grandeza, las ambiciones de poder y riqueza han cegado a los hombres de todas las edades y de todas las latitudes y se han constituido en sus irremplazables guías. Naturalmente, no es de un sueño así del que nos habla Benoist-Méchin.

En contraposición a lo que podríamos llamar el ‘político estándar’, Benoist-Méchin nos demuestra que ha habido también grandes individuos de otra conformación mental, visionarios de otra especie. Y nos queda claro, después de leer este pequeño libro, que sería insensato cuestionarse si Cleopatra pertenece a esta rara categoría de dirigentes humanos o no. Pero este libro es al mismo tiempo un reconocimiento, un testimonio de admiración ante la grandeza objetiva de quien realmente tomó la estafeta de Alejandro, tratando de realizar su sueño y alcanzando así – el único quizá entre todos los grandes – el grado de divino: Julio Cesar. Qué minúsculos e insignificantes resultan los políticos actuales frente a individuos como el vencedor de Farsalia! Aquí es importante, empero, hacer una acotación. La colección de biografías que conforman el proyecto general de Benoist-Méchin es, hay que decirlo, un tanto desconcertante, debido a lo que a todas luces es un cierto desequilibrio. Se inicia, como ya lo insinué, con una biografía de Alejandro el Grande y sigue, en ese orden, con las de Cleopatra, Julián el Apóstata, Federico de Hohenstaufen y Napoleón Bonaparte. Todos esos personajes son, por así decirlo, del mismo nivel, almas hermanas, pares. Con los dos últimos volúmenes, sin embargo, se altera drásticamente el panorama, ya que Benoist-Méchin los consagra a dos personajes sin duda dignos de ser estudiados pero ciertamente menores, a saber,

Lawrence de Arabia y el conquistador de Marruecos, el general Liautey. Es evidente que hay vínculos entre todos esos personajes, aunque sea tan sólo la fascinación con el Oriente, pero es claro también que quedará como un enigma sin resolver la cuestión de por qué Benoist-Méchin concluyó así su gran obra. Mi hipótesis es que, por razones políticas coyunturales, perfectamente comprensibles de suyo, él no habría podido ocuparse de otros hombres de estado o políticos de mayor relevancia y en los que sin duda alguna pensó. Su contexto histórico (que es básicamente el nuestro) hizo imposible que él culminara su labor de forma menos contrastante.

Pero regresemos a nuestra pregunta: ¿cuál es ese sueño de la historia que, cuando las condiciones son propicias, una y otra vez vuelve a expresarse e intenta a toda costa convertirse en realidad? Además del más largo, yo diría que es también el más hermoso. En pocas palabras, es el ideal, contemplado sólo por unas cuantas almas superiores, de unión, de fusión del Occidente con el Oriente: que la practicalidad occidental se enlace con la exquisitez oriental! Que la fuerza y el trabajo occidentales se unan al refinamiento y a la religiosidad orientales! Que el mundo sea uno, es decir, un único mosaico de individuos poblando libremente su planeta, ese planeta que Dios le entregó a todos y del que usurpadores blasfemos intentan una y otra vez apoderarse para ellos y los suyos. A final de cuentas, el sueño más largo de la historia es el sueño de un único país, de un gobierno auténticamente mundial, de todos y para todos, sin jerarquías por zonas o por pueblos, por arquitecturas o por dietas o por formas de vestir o por colores de piel y del cual se hubieran expulsado las creencias de que una determinada concepción de la familia, de la amistad, de la felicidad, de la realización personal etc., es mejor que todas las demás. Es la idea gozosa de la unión en la pluralidad, de la armonía en el contraste. Ese es el sueño de los políticos superiores, del cual ciertamente Cleopatra participó y que aquel superhombre que fue Julio Cesar estuvo a punto de realizar.

El libro de Benoist-Méchin es interesante e importante porque si bien apunta a un ideal hasta ahora inalcanzado nos deja en claro que el mundo ha evolucionado en la dirección opuesta. Con los ingleses y los franceses a la cabeza hasta la Segunda Guerra Mundial y con los Estados Unidos de Norteamérica a partir de 1945, el planeta no ha visto otra cosa que una permanente agresión de los occidentales en contra del Oriente en su conjunto¹: Palestina, Corea, Irak, Camboya, Afganistán, Vietnam, por no mencionar más que los casos más notorios, son pruebas fehacientes e irrefutables de que la voluntad política occidental ha sido básicamente negativa: de conquista, de imposición, de explotación. Los actuales líderes occidentales no encuentran otro sentido a su labor política que mantener en estado de sumisión al

¹ Y no sólo. Desde luego: América Latina y África también han sido víctimas de la misma barbarie occidental, presentada sistemáticamente bajo el ropaje de la defensa de la democracia, la tolerancia y la libertad.

resto del mundo. En el fondo, no son otra cosa que “managers” de la riqueza del planeta. Parecería, en efecto, que la lógica misma de Occidente es la de la expansión constante y, por consiguiente, que sólo comprende el lenguaje de la fuerza. Estamos lejos de la actitud de un Federico de Hohenstaufen quien, como líder de la sexta cruzada, al llegar a Oriente y contemplar sus extrañas mezquitas, sus magníficos palacios, sus portentosas avenidas, sus maravillosos parques, simplemente se negó a destruir tanto esplendor. Como era de esperarse, ello le valió el odio total del papado, un odio que no se limitó a su persona sino que, como bien lo acredita Benoist-Méchin, se extendió a sus descendientes. Todo esto nos hace pensar que lo que ahora, a principios del siglo XXI, estamos viviendo es, más que otra cosa, la pesadilla más larga y quizá la más horrenda de la historia.

Jean Jacques Benoist-Méchin fue un hombre de grandes dotes literarias, un historiador reconocido, un individuo de una integridad moral sin fisuras y caracterizado por dos debilidades: los ejércitos y los jardines. Sobre ambos temas meditó con amplitud y en profundidad. Dado que sobre el segundo de ellos no pudo redactar más que un libro, diré rápidamente unas cuantas palabras al respecto. Su título es ‘L’Homme et ses Jardins ou les Métamorphoses du Paradis Terrestre’² y es, entre otras cosas, un estudio de diversas concepciones del jardín y de sus funciones en diversas culturas. De los que él se ocupa son, básicamente, los jardines árabes, los chinos, los japoneses, los persas, los toscanos y los franceses. El texto, además de bellísimo, es toda una disertación sobre los modos de vida y las *Weltanschauungen* de esas culturas y una explicación de cómo las diferentes concepciones de los jardines que en ellas se desarrollaron encajaban perfectamente bien con sus creencias religiosas, sus modos de vida, sus costumbres, su formas de gobierno, etc. Eso es comprensión histórica genuina. Benoist-Méchin nos hace entender, a través de minuciosas descripciones, cómo los jardines fueron concebidos para representar la liberación frente a las obligaciones de las convenciones sociales, y entonces son lugares de sorpresa, de múltiples posibilidades de paseo, de variedad de paisajes, o cómo contienen una peculiar filosofía de la vida, como en el caso de los artísticos jardines japoneses, en los que se capta lo grande en lo pequeño y lo pequeño en lo grande, cómo hay jardines ideados como “copias” de lo que habría sido el Paraíso, del cual los hombres habrían sido expulsados; y así sucesivamente.³ El libro es realmente espléndido y ciertamente nos deleita aunque y, como casi todo lo que Benoist-Méchin escribe, envuelve al lector en una difusa neblina de nostalgia y melancolía de la cual después no resulta fácil liberarse.

² *El Hombre y sus Jardines o las metamorfosis del paraíso terrestre* (Paris: Albin Michel, 1975).

³ Es una pena que hasta el día de hoy nadie haya siquiera intentado un estudio semejante de las chinampas y la vida de los pueblos del Valle de México.

Es, sin embargo, con sus ejercicios de biografía política y de reconstrucción histórica que Benoist-Méchin obtiene sus más altas calificaciones. Su biografía de Mustafá Kemal, por ejemplo, es simplemente de lo mejor que hay en la literatura mundial al respecto. Es probable que ni en Turquía se haya escrito un libro tan espléndido sobre su héroe nacional como el producido por Benoist-Méchin. Asimismo, sus narraciones sobre diversos aspectos del mundo árabe (tan necesarias en nuestros días) son de una riqueza y una profundidad de las que carece mucho del trabajo histórico-político actual, canalizado por categorías y estereotipos impuestos a la fuerza y que le restan oxigenación y libertad a la descripción y evaluación de los fenómenos humanos. Pero donde Benoist-Méchin es realmente soberbio y, pienso, definitivo es en sus escritos sobre los acontecimientos inmediatamente previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial y sobre la campaña de Francia, de mayo-junio de 1940. Dos obras destacan por su importancia histórica: su *Histoire de l'Armée Allemande (Historia del Ejército Alemán)* y el libro *60 Jours qui Ébranlèrent l'Occident (60 días que sacudieron a Occidente)*. Ambas obras ameritan un par de comentarios.

El libro sobre la campaña de Francia es un documento imprescindible para toda persona interesada en el período del que se ocupa. Benoist-Méchin describe día a día la situación militar, diplomática y política de Francia y contiene además un interesante esbozo histórico-político, crítico pero objetivo, de los personajes decisivos del momento (Hitler, Pétain, Churchill, etc.), de sus respectivas perspectivas y de sus diferentes roles. Las descripciones de, por ejemplo, acciones militares concretas, como el desastre de Dunkerque, son inigualables. El lector se entera de hechos silenciados en la historiografía común, como por ejemplo el de cómo en su apresurada (y en el fondo permitida) retirada del continente los ingleses tiraban a la mitad del Canal de la Mancha a los soldados franceses que huían con ellos. La cantidad de datos que el autor aporta sobre el secuestro del General de Gaulle por parte de los ingleses y de cómo Churchill literalmente lo obligó a romper con el gobierno del General Pétain durante una visita a Londres nos dejan boquiabiertos. Con lujo de detalle y sumo cuidado son analizadas las condiciones de paz que el gobierno alemán impuso a una Francia derrotada en unas cuantas semanas y se nos explica cómo, es decir, por qué errores de cálculo político, los alemanes finalmente se inclinaron por la peor de las opciones de acuerdo entre los dos gobiernos. De las minucias de los sucesos Benoist-Méchin estaba mejor enterado que nadie pues, como se sabe, él fue ni más ni menos que el coordinador de ministros del gobierno de Vichy. La información con la que contaba, por lo tanto, era de primera mano, lo cual hace al relato absorbente e impactante, no sólo porque choca en muchos puntos cruciales con lo que es la versión “oficial” de los acontecimientos del momento sino por la cantidad de datos desconocidos que proporciona, las razones que esgrime y el cuadro general que permite vislumbrar.

Por otra parte, su *Histoire de l'Armée Allemande* es una obra inicialmente proyectada en 10 volúmenes de los cuales empero sólo se pudieron redactar los seis primeros. Se empezó a escribir en 1935, cuando Benoist-Méchin era el *attaché* militar de Francia en Berlín. El período que abarca va de 1918 y el Tratado de Versalles hasta la crisis germano-polaca y la declaración de guerra en contra de Alemania por parte de los gobiernos inglés y francés. Sin embargo, lo que en realidad Benoist-Méchin nos regala es un auténtico *mapamundi*: el desmoronamiento de un sistema, el contenido y las consecuencias de un tratado infame, los diversos golpes de estado, el fallido *putsch* de Munich, la revolución nacional-socialista y el triunfo electoral de 1933, la Noche de los Cuchillos Largos, la eliminación de la oposición por parte de Stalin, la incorporación de Austria al Reich, la anexión de los Sudetes, la crisis del corredor polaco y toda la serie de intrigas, insidias, mentiras, *bluffs*, presiones, etc., que la rodearon. Fue sólo la destrucción de diversos documentos lo que impidió que Benoist-Méchin pudiera concluir este monumental trabajo. Lo que no deja de sorprender es que, aunque se trate de una obra inigualable en lo que a objetividad histórica y prosa atañe, sea no obstante tan poco conocida y, por lo menos hasta donde yo sé, no traducida a ningún otro idioma, ni siquiera al inglés. Pero esto último quizá se comprenda mejor si decimos unas cuantas palabras respecto a la vida de nuestro autor.

Benoist-Méchin era un militar y un patriota francés que, desde joven y como mucha gente de la época, se sintió atraído por la (por aquel entonces) exitosa revolución nacional-socialista. Fue de quienes, al ser Francia derrotada, decidieron quedarse y seguir trabajando para su país en condiciones desfavorables. Formó por lo tanto parte del gobierno que negoció el cese al fuego y el armisticio y del que se dice que “colaboró” con los alemanes. Como lo dejan en claro sus escritos, la palabra ‘colaboración’ no describe correctamente la compleja y conflictiva relación que siempre se dio entre el gobierno alemán y el encabezado por Pétain y Laval. Al terminar la guerra, Benoist-Méchin fue aprehendido y juzgado y los ingleses insistieron en que fuera condenado a muerte. Vale la pena indicar, de paso, que existe un pequeño libro (imposible de encontrar en la actualidad, desde luego) intitulado precisamente ‘El Juicio Benoist-Méchin’, al que casi por error (pues era un libro “censurado”) yo tuve acceso en la Biblioteca de Ciencias Sociales de la Universidad Lomonosof de Moscú, en el que se recogen los testimonios y declaraciones de quienes participaron en él. A pesar de la apasionada defensa generalizada y decidida de los testigos que tomaron parte en el proceso, Benoist-Méchin fue condenado a muerte. Intervino entonces el propio general de Gaulle, de quien se dice que admiraba tanto la obra de Benoist-Méchin que tenía dos ejemplares de cada volumen en su biblioteca. La pena de muerte le fue entonces conmutada por cadena perpetua. No obstante, en 1954 Benoist-Méchin, nacido el primero de julio de 1901, fue puesto en libertad. Murió el 24 de febrero de 1983,

después de haber producido una monumental y magnífica obra en la que, como ya dije, se funden de manera singular la política, la literatura y la historia.

Retomemos nuestro tema, que a final de cuentas es Cleopatra, para algunos comentarios finales. Entre las múltiples preguntas que se pueden plantear respecto a la reconstrucción que de su vida hace Benoist-Méchin, hay dos que nos parecen particularmente pertinentes. Primero, su atribución a Cleopatra de una visión ecuménica o globalizante total es el resultado de una interpretación, pero ¿qué pasaría si en realidad lo que hubiera movido a Cleopatra hubieran sido meras ambiciones personales? Mi respuesta es: ello no tiene la menor importancia. Los resortes psicológicos de la acción pueden ser los que sean, pero no alteran el rol político del personaje. Es como alguien que da limosnas, ayuda a la gente necesitada, abre asilos, desarrolla programas de apoyo a los niños abandonados, etc., y hace todo eso sólo porque tiene miedo de no irse al Cielo después de muerto. Mi punto de vista es que la motivación subjetiva deja intacta la conducta objetiva y pública del sujeto. Lo mismo con Cleopatra. Más en general, lo que esto significa es que el plano de la ética y el de la política no coinciden y que las consideraciones que valen en un caso son irrelevantes en el otro. Los principios de conducta personal no funcionan ni como fundamento ni como justificación de los principios políticos, que son autónomos. Contrariamente a lo que muchos piensan, la política no es una mera prolongación de la ética. Por lo tanto, lo que sería el supuesto desenmascaramiento de Cleopatra como una aventurera, una inescrupulosa, una ambiciosa desmedida, etc., dejaría intacto su formidable ideario político. De hecho, lo que con éxito Benoist-Méchin hace es justamente rescatarla política y quizá humanamente, si bien quizá no moralmente.

La segunda cuestión es más difícil de dirimir, pues es: ¿es el objetivo político último de Cleopatra defendible teóricamente? ¿No está “refutado” por la historia? ¿No es precisamente la situación actual, que resulta del hecho de que **una** potencia domina el mundo, una prueba de que es un proyecto odioso en sí mismo? Aquí debemos distinguir varias cosas. En primer lugar, la visión de Cleopatra, por lo menos tal como Cesar la retomó, pulió y trató de materializar, no era la de una mera imposición de un pueblo o un país sobre los restantes para abusar de ellos, explotarlos y esclavizarlos. No! Lo que se buscaba era la unificación efectiva del mundo. Lo primero es el sueño de megalómanos delirantes, una pesadilla destinada al fracaso; lo segundo es el más bien el sueño de individuos imbuidos de un gran amor por los hombres y de una visión profunda y seria de la vida. Podemos, pues, con toda confianza afirmar que lo que tiene lugar en nuestros días no es lo que aquellos grandes estadistas que fueron Cleopatra y Cesar, entre otros, imaginaron. De ninguna manera, por lo tanto, podría argüirse que la situación mundial actual coincide o se identifica con la que ellos concibieron. Lo primero es una derrota de la

humanidad, lo segundo iba a ser su triunfo mayor y definitivo. Nuestra pregunta es entonces: ¿es dicho triunfo obtenible?

Lógicamente sí, empíricamente es debatible. En todo caso, Benoist-Méchin no se hacía ilusiones al respecto: Cleopatra significa el “sueño desvanecido”. Como a diario lo constatamos, todavía hay pueblos que sienten que su “way of life” es superior, que ellos representan el último eslabón en una cadena evolutiva que lleva del *homo sapiens sapiens* a ellos, que sus valores son los que todo mundo debería adoptar y (por absurdo que suene) desear, que su organización social y política es la perfecta, que sus modelos de belleza, de conducta, de realización personal constituyen un paradigma incuestionable para todos los hombres de todas las culturas. Pocas cosas hay tan ridículas como una concepción así pero, hay que admitirlo, es ésta la que por el momento lleva la delantera. Todos los esfuerzos de genuina internacionalización, por ejemplo los desplegados durante el siglo XX, fueron diezmados. Es de pensarse que el sueño más largo de la historia volverá a agitar las mentes de los actores políticos y, más deseable aún, las de las masas. Entonces podrá hacerse realidad y podrán los humanos de ese eventual periodo disfrutarlo. Se elevarán entonces, lo estamos “viendo”, en todas partes del mundo monumentos a los pioneros de ese gran proyecto humano, el más grande quizá, y no dudamos de que entre ellos ocuparán un lugar especial los consagrados a aquella pequeña princesa egipcia que aspiró a ser diosa y a tener como súbditos hermanados a todos los habitantes de la Tierra.

Alejandro Tomasini Bassols